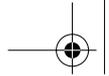


Gutiérrez, C. M., *La espada, el rayo y la pluma. Quevedo y los campos literario y de poder*, Indiana, Purdue University Press, 2005, 348 pp.

La monografía con título de reminiscencias calderonianas reseñada está dirigida a todos aquellos lectores, quizás deba decir especialistas, interesados en el Siglo de Oro, Quevedo, los estudios sociales y culturales tan en boga hoy en día y, de manera concreta, en el modelo teórico ideado por Pierre Bourdieu que explica los procesos de producción cultural insertándolos en un contexto de interacción social y profesional. Tomando este punto de partida Carlos M. Gutiérrez recrea con precisión las condiciones espacio-temporales en las que se gestó el primer campo literario español surgido en Madrid alrededor del año 1600.

Tras el clásico apartado de *Agradecimientos* (ix) que abre la monografía, encontramos unas páginas de *Introducción* (1-7) en las que el autor expone sus objetivos y repasa sucintamente los contenidos de cada uno de los cinco capítulos: modelo teórico bourdieano aplicado al primer campo literario español y las determinadas condiciones socio-culturales en las que surge el mismo (*El primer campo literario español*, capítulo I, pp. 8-59); la identificación de los espacios de contacto físicos o simbólicos de los escritores (*La interacción literaria: distinción, legitimación y violencia simbólica*, capítulo II, pp. 60-106); las prácticas de interacción individuales o colectivas entre sociedad y literatura (*La interacción con el poder: literatura y sociedad cortesana en la España del siglo XVII*, capítulo III, pp. 107-64); la acción literaria quevediana (*El filo de la pluma: Quevedo y su interacción con el campo literario*, capítulo IV, pp. 165-216) y la acción política quevediana (*La pluma en el filo: Quevedo o la ansiedad política*, capítulo V, pp. 217-64). Cierran la monografía la *Conclusión* (265-71); el *Apéndice* (272-74) en el que el autor ofrece al lector no familiarizado con el mundo anglosajón la traducción al español de todas las citas en inglés incluidas en el trabajo; las *Notas* (275-306), las *Obras citadas* (307-34) y un útil *Índice alfabético* (335-47) para los que opten por acercarse fragmentariamente a la obra y decidan acudir entonces a conceptos teóricos, autores u obras concretas aludidas a lo largo del estudio.

Carlos M. Gutiérrez inaugura el primer capítulo apuntando al investigador aurisecular, desorientado ante el maremágnum de etiquetas teóricas, los postulados de Bourdieu en torno al campo literario, que presupone la existencia de un universo social auspiciado por instituciones y leyes específicas en cuyo contexto surgen las obras culturales y, de

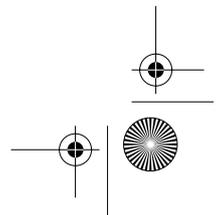
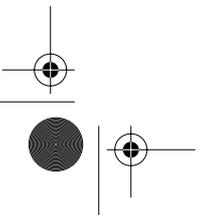
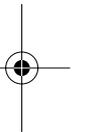
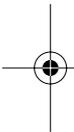


manera concreta, las literarias. El campo literario no constituye un espacio autónomo, sino que mantiene una relación de heteronomía con los campos que lo rodean, por ejemplo con el campo de poder.

El autor se pregunta retóricamente si es posible aplicar los conceptos teóricos establecidos por Bourdieu para el campo literario al siglo XVII español y, por tanto, si resulta viable hablar de un campo literario como tal alrededor de 1600. Gutiérrez resuelve esta cuestión con una lúcida argumentación; por una parte, explica, existen abundantes similitudes entre ambos: mecenazgo cultural, ostentación de diferentes tipos de capital cultural simbólico, competitividad (artistas / escritores) e interacción social entre aristocracia e intelectualidad. Por otra, el proceso de aparición del campo literario en España se acelera debido a tres factores: el relevo dinástico de 1598 que acarrió el triunfo del régimen de la privanza; el desarrollo del poder cortesano y, como consecuencia, la aparición de una cultura cortesana y, finalmente, el surgimiento y desarrollo de la imprenta, que supuso la demanda masiva y concentrada de obras de ficción. En este estado de cosas surge en el Madrid de 1600 una actividad literaria como espacio social definido con leyes, comportamientos e instituciones específicas.

La interacción literaria expuesta en el capítulo segundo aparece favorecida por varios factores. En primer lugar, la percepción consciente y reflexiva entre los escritores del primer tercio del XVII sobre la existencia de un campo literario en el que se consagraba a Góngora como poeta por excelencia que ejerce el conceptismo combinado con una práctica distintiva a través de una poética de la oscuridad y el juego de límites genérico. En segundo lugar, cabe considerar las dos jerarquías de las que habla Bourdieu que funcionan en el campo literario: por una parte, el beneficio comercial —representado en el Siglo de Oro por el teatro, en el que triunfa Lope—; por otra, el prestigio —categoría en la que vence la poesía y el éxito pertenece a Góngora—. El tercer factor a tener en cuenta es el ingenio, pues supone uno de los principales capitales culturales simbólicos del XVII que ha de estudiarse desde la conjunción de prácticas sociales y cortesanas propias de la época; en conexión con el campo de poder da lugar a una dialéctica distintional y produce la interacción social de agentes y prácticas en el mismo. La legitimación, o mecanismo capaz de producir distinción a través de la interautorialidad o dialogismo social entre los escritores (que puede ser textual o social), es el cuarto factor que debemos considerar. Finalmente, habrá que recordar también la trayectoria de los agentes que pasan por el espacio social y dibujan una red intrageneracional de espacios físicos y espacios simbólicos.

El capítulo tercero, dedicado a la interacción de literatura y poder —centralizado en la corte y el valido—, comienza estableciendo cinco puntos de contacto entre ambos campos: nobles y escritores, espacios físicos y simbólicos, mecanismos de captación y patronazgo por parte de los nobles e instrumentalización propagandística que el campo de poder



hizo de los escritores. La interacción entre el poder y la literatura resulta asimétrica y heterogénea, pues la literatura podía ser mero divertimento o bien instrumento de inserción en la cultura cortesanas.

Encontramos así una serie de prácticas literarias en las que los escritores se hallaban al servicio del campo de poder —prestando sus favores al rey, al valido o a un grande—, prácticas por las que recibían recompensas simbólicas o materiales. Los escritores se encontraban entonces con una doble función de literatos y letrados o, lo que es lo mismo, bien como gestores, bien como proveedores de diversión. En lo que se refiere a los espacios de interacción Gutiérrez llama la atención sobre las academias, las justas y los certámenes. Por su parte, la propaganda podía ser personal-familiar, religiosa, corográfica o política y difundida en moldes literarios, histórico-memorialísticos o panfletarios.

En suma, en el primer tercio del XVII, descubrimos distintos tipos de relaciones de los escritores con la corte: Cervantes trató de huir de ella, Góngora la sufrió, Lope la ansió y triunfó y Quevedo quiso influir en ella.

El capítulo IV se ocupa de la interacción que Quevedo estableció con el campo literario; para analizarla es necesario prestar atención al Quevedo agente, a su acción social, pues, con la salvedad de la poesía, en su obra se aprecia una reacción instantánea a los hechos de actualidad.

En relación con la acción literaria de Quevedo en contacto con el campo literario encontramos tomas de posición formales (obras, géneros y temas) y tomas de posición interautorales (relación con otros agentes, por ejemplo su relación con Justo Lipsio, las *Flores* de Espinosa o la polémica con Góngora). Estos posicionamientos comienzan a partir de su estancia en Valladolid en donde entra en contacto con la intelectualidad humanista, la tradición petrarquista, cancioneril y con las prácticas satírico-burlescas. Parte de la producción quevediana constituye una toma de posición concreta en el campo literario, con ello llamaría la atención del campo de poder en el que posteriormente llevó a cabo la denominada acción política. La maniobra política y cortesana que acreó su triunfo en el campo de poder vino dada, en primer lugar, a través de su viaje a Italia sirviendo al duque de Osuna en 1613. A partir de los años 20 las tomas de posición quevedianas tanto políticas como literarias están plenamente encaminadas al campo de poder. La conexión de la acción literaria de Quevedo con el campo de poder gira en torno a tres factores: la producción literaria cortesana, las dedicatorias y el aparato estatal de control intelectual. Entre 1633 y 1637, Quevedo vivió una etapa de intensa actividad literaria y editorial, pasó de autor mordaz a moralista devoto y erudito. En la tercera década entra en la vorágine de la vida cultural de la corte, llega a la cumbre de su fortuna cortesana y disminuye su adhesión política.

El capítulo cinco aborda el tema de la ansiedad política quevediana, cualidad que lo aleja del resto de sus coetáneos y que contamina su literatura desde muy temprano.

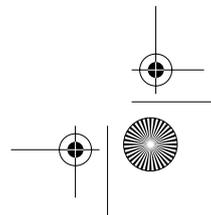
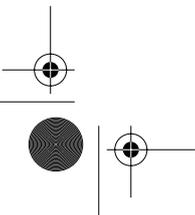
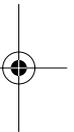
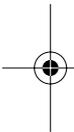


El *habitus* quevediano describe una trayectoria social en la que nos encontramos con determinados acontecimientos sociales (en terminología de Bourdieu: colocaciones, inversiones, desplazamientos y desinversiones) que tuvieron su reflejo en la literatura: por ejemplo, la relación de Quevedo con Osuna. La trayectoria de Quevedo refleja el antiguo tópico del intelectual que se relaciona con el poder: comenzó manifestando sus pretensiones políticas; después participó en la maquinaria propagandística del poder (recuérdese su relación con el conde-duque de Olivares); en tercer lugar, nos encontramos con las tomas de posición para con el Rey y, finalmente, la desafección y oposición activa al poder. El itinerario de Quevedo desde la defensa del régimen olivarista hasta la desafección más visceral se apoya en cuatro obras: *La Fortuna con seso y la Hora de todos*, la *Política de Dios*, *Execración contra los judíos* y *El chitón de las tarabillas*; en todas ellas comienzan a verse tomas de posición que preludian el antiolivarismo; sin embargo, aparentemente, no fueron los escritos antiolivaristas los que acabaron llevando a Quevedo a la prisión de San Marcos, sino otras tomas de posición pertenecientes a su *habitus* como fue su relación con el duque de Medinaceli.

Lo que propone Quevedo no es una toma de posición aislada, sino más bien un articulado, homogéneo y compartido programa de oposición política al régimen vigente. Sus tratados de aliento político tienen carácter prelocutivo, pretenden mover a la acción al lector y éste, muchas veces, fue el rey. En general se trata de memoriales cuyo objetivo fundamental es la influencia directa o indirecta en la acción de gobierno. Las estrategias son variadas: macrotextuales (el conjunto de la obra en sí) o microtextuales (estrategias estilísticas, cita de determinados autores, instrumentalización de géneros concretos, etc.). Las tomas de posición quevedianas políticamente orientadas tuvieron también su reflejo, cobijadas bajo el manto de la religión, en obras más o menos devotas cuyas fuentes fundamentales eran la Biblia y la Patrística.

La conclusión que cierra estos sugestivos cinco capítulos retoma la presencia de una auténtica ebullición literaria en la España del primer cuarto del XVII, condición que da lugar a la formación y consolidación del primer campo literario español apoyado por la aparición de la imprenta, el auge del mercado editorial, la cultura urbano-cortesana y el poder emanado de la misma, que propició las relaciones entre los campos literario y de poder. Un campo literario con jerarquías, estructuras internas, un epicentro y dos espacios simbólicos con sendos estandartes: el de producción masiva –Lope– y el de producción restringida –Góngora–. Se observa, además, una existencia autoconsciente del campo y consecuente reflexión de los autores sobre el mismo: metaliteratura, intertextualidad y refuerzo de la imagen pública de los escritores. Los efectos sociales fueron la interautorialidad, la competición, las relaciones entre los escritores y las de ellos con el campo de poder.

La conjunción de campo literario y campo de poder es el macrofactor que engloba la producción de Quevedo y lo separa de sus coetáneos, el





elemento que lo convierte, enmendando sutilmente la conocida cita borgiana («menos un hombre que una dilatada y compleja literatura»), en un autor que fue «menos un escritor que una dilatada, sostenida y compleja interacción político-literaria, [...] fue menos una literatura que un infatigable escritor de acción» (271). Su estela queda reflejada en este innovador trabajo a través del título: la espada sería su orgullo nobiliario, la pluma responde a su incansable poligrafía hipertextual y su rápida reacción ante los acontecimientos queda patente a través del rayo.

La presente monografía, preludiada por otros trabajos del autor dedicados a la interautorialidad, Góngora, Quevedo y su relación con Olivares, nos ofrece, desde una óptica muy novedosa en los estudios sobre el Siglo de Oro y con una coherencia estructural admirable, un meditado y documentado retrato de las condiciones sociales, culturales, históricas y económicas del tercio inicial del siglo XVII en España, espacio en el que se forjó el primer campo literario español. Un espléndido estudio sobre Quevedo y su actividad literaria en continua interacción con el campo literario y con el del poder de la mano de un investigador que conoce a fondo la obra quevediana y las condiciones en las que se fue forjando, circunstancia que le permite presentar al lector una serie de ideas, acaso ya conocidas por algunos, desde la interesante, atractiva, pero sobre todo renovadora, perspectiva de los estudios bourdieanos sobre el campo literario. Un trabajo que deja la puerta abierta a futuras indagaciones que amplíen el cuadro cronológico en el que se inserta la investigación aquí reseñada.



Alejandra ULLA LORENZO
(Universidad de Santiago de Compostela)

Quevedo, F. de, *Nuevas cartas de la última prisión de Quevedo*, ed. J. O. Crosby, Woodbridge, Tamesis, 2005, 490 pp.

Con sus ochenta años bien cumplidos y estupendamente bien llevados, el mismo año en que el decano de los estudios quevedianos publicó su impresionante análisis de la tradición manuscrita y de la primera edición de los *Sueños* (reseñado en *La Perinola*, 10), apareció también su edición crítica de la correspondencia conservada de Quevedo, desde su encarcelamiento en San Marcos de León hasta su muerte (véase su artículo anticipatorio en *La Perinola*, 2).

Ha pasado medio siglo desde que James O. Crosby publicara sus primeros estudios sobre Quevedo, siendo su tesis doctoral y varios de sus primeros artículos, finas investigaciones de la actuación del escritor como hombre de confianza del duque de Osuna, basadas en parte en algunas de las primeras cartas conocidas del autor. Ahora, con su edición de las últimas, Crosby completa una serie de valiosísimas aportaciones al conocimiento de la etapa final de la vida de Quevedo.